

Los jóvenes me ayudan a crecer

La pasión por los jóvenes me viene del encuentro amoroso con un carisma que reconoce que los jóvenes son voz de Dios, que Él nos habla también a través de los jóvenes, especialmente los alejados y excluidos. Este encuentro amoroso ha configurado toda mi vida y ha puesto base a un ministerio ordenado que me capacita para servir a los jóvenes cada día de mi vida, hasta que me muera, estando con ellos y contemplando cómo Dios habita el corazón joven. Voy asumiendo que Dios necesita ministros que ayuden a despertar a la fe y a despejar tantos obstáculos para facilitar ese encuentro de tú a tú con el Dios de Jesús que trastoque la vida y la entregue a una causa por la que merece la pena vivir y morir.

Voy a intentar condensar *rasgos de mi fe sacerdotal* que han sido fraguados con los jóvenes y en compañía de mis hermanos a quienes sirvo y me dedico. A mí me gusta esa expresión tan simpática como original del autor de la Carta a los Hebreos: "La fe es una forma de poseer lo que se espera, de conocer lo que no se ve!" (Heb 11,1).

"La vida toda" del presbítero se halla comprometida y entregada. Toda mi vida queda convertida en "sacerdotal". Esto me lleva a una entrega de mí, a dedicar todas mis energías personales a la misión encomendada, intentando desprenderme de mis propios intereses, mis límites geográficos y eclesiales, mis contornos existenciales. La *eucaristía* se convierte en el motor de esa entrega. Durante los primeros años de cura vivía que el ministerio era un apéndice de mi vocación... A medida que pasan los años, compruebo que "todo yo" soy presbítero y que el ministerio baña y abarca toda mi existencia. La pasión por el ministerio, que brota de la fe y de la seducción por Aquel a quien hago presente y visible, me lleva a identificarme con la tarea, a sentirme bien, como pez en el agua, con los jóvenes. Eso reporta gusto por el trabajo pastoral, disfrutando con los jóvenes, sintiéndome en mi lugar, realizándome, centrado en lo mío, que es lo Suyo. Los jóvenes no quieren medias tintas, sino que buscan referentes radicales, que arriesguen y se la jueguen por ellos. Los jóvenes me llevan a ser todo para ellos en el Señor.

Somos epifanía de Dios para los jóvenes. La experiencia ministerial me va enseñando que uno mismo se convierte en el mensaje, la oferta y la propuesta para otros. Una joven me decía hace poco que el personalismo es el principal peligro a sortear por un cura que trabaja con jóvenes. Siempre he estado en contra de los personalismos, pero voy aprendiendo con los años que mi ministerio habla por sí solo, dice o no dice, atrae o repele, llega al corazón o no pasa de la epidermis, transparenta la gloria de Dios o la propia gloria. Los jóvenes ven a Jesús en la medida en que cada uno "tengamos los mismos sentimientos de Cristo Jesús" (Flp 2,5). La calidad y la hondura del corazón esculpido día tras día por el Dios de la Vida es el mejor menú que los jóvenes pueden descubrir en nosotros mismos. Y si además esto lo vivimos y lo compartimos en comunidad, facilitamos al joven un boceto de Reino, un anticipo del sueño de Dios hecho realidad en una comunidad concreta y palpable.

A mí me ha ayudado mucho dar Ejercicios Espirituales a jóvenes. Es una de mis tareas preferidas. Uno se sorprende dándolos y también contemplando cómo el Espíritu actúa en los jóvenes cuando uno menos se lo espera. Sin duda es una de las mejores inversiones que más me han reconfortado. *Acompañar y confirmar en la fe* a los jóvenes y animadores es una de las labores más interesantes del cura que sirve a los jóvenes.

"De residente a itinerante". La tierra de los jóvenes se convierte en una experiencia espiritual de desposeimiento, itinerario de la búsqueda de la voluntad de Dios en nuestras vidas, liberación de muchas seguridades que me encierran en mí mismo. Tengo experiencia de que cuando me he arriesgado y cuando he



abandonado la orilla de mis seguridades y he sido capaz, junto a otros, de adentrarme en el lago con sus amenazas, inquietudes y tormentas, el Espíritu ha renovado mi vocación-misión generando nuevos encuentros, nueva experiencia de Dios, de la fraternidad, renovando el sentido de nuestra misión en medio de los jóvenes y los pobres. En cambio, cuando me he dejado vencer por el miedo y la inseguridad y me he refugiado en los caminos de siempre, la orilla de los jóvenes se aleja y mi corazón se enfría.

Los jóvenes están envueltos en una movilidad y provisionalidad humana y religiosa impresionante. Por eso, yo quiero apostar por la movilidad, por la itinerancia, por el desplazamiento... fijando los ojos en el Señor, convocado en oración con los hermanos, comprometido a recorrer caminos inéditos e insospechados que el Espíritu sabrá llevar a buen puerto.

La sabiduría de un corazón que escucha y acoge incondicionalmente. Me parece que es importante tener rostros e historias de jóvenes concretos que habiten nuestra oración, que extienden nuestra fraternidad, que hacen adulta nuestra afectividad, que estén inmersos en el pan y el vino de la eucaristía. La *escucha* es un aprendizaje permanente, donde el joven pueda sentir que comunicando su vida, sus alegrías y avatares, está siendo acogido, escuchado y comprendido por Dios a través del presbítero, a imagen del Buen Pastor, "que conoce y da la vida por las ovejas" (Jn 10,11.14).

Todo esto nos lleva a vivir en búsqueda permanente, a no dar nada por supuesto, ni la fe de los jóvenes, ni la de los animadores ni incluso la de los curas. En esas búsquedas compartidas con los jóvenes hemos de convivir y acompañar sus dudas de fe, los altibajos en el camino de la fe y formar parte de "esa gran nube de testigos" (Heb 12,1-2) que enseñen a los jóvenes a caminar en la oscuridad.

La escucha requiere de la *acogida incondicional*, que es la tabla de multiplicar de todo presbítero que se mueve con los jóvenes. Ellos reconocen a la primera quién les acoge y quién les usa. Esa acogida total es antesala de la confianza incondicional en Dios. ¡Cuánto camino nos queda por recorrer aquí!

Urgidos al amor, sin depender de eficacias. Yo siento a menudo cómo el Espíritu me impulsa a convocar, a transmitir lo que recibimos a los jóvenes y a los pobres. Nuestra fe no nos lleva a ser eficaces, sino a vivir y transmitir en libertad y amor. El Padre nos pide actuar con urgencia, no nos exige eficacias. La eficacia no está en nuestras manos. El convocar a los jóvenes sí depende de nosotros. Es cierto que tenemos que estar siempre comenzando, y armarnos de paciencia y comprensión en el proceso educativo de los jóvenes, al modo como Jesús hizo con los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). Yo intento acercarme a los jóvenes por amor, no por interés. Intento ir a la persona, saber buscarla para encontrarla, crear ocasiones donde instaurar una relación interpersonal, donde poder escuchar e interesarme por lo que a él o ella le interesa, descubrir lo que le mueve el corazón, lo que sufre, lo que desea, la aventura que sueña, los afectos que alimenta, las situaciones familiares que vive, los proyectos laborales que realiza...

Cuanto más seducido me encuentro por el amor y la llamada del Señor, más enviado me siento a transmitir y a convocar. Yo quiero ser interlocutor y asidero para los jóvenes, especialmente excluidos, que me den capacidad para abrir el acceso al encuentro o reencuentro con el Dios de las misericordias.

Ex-propiados. Por el ministerio presbiteral estamos llamados a ser *ex-propiados*, a convertirnos en instrumento al servicio de la evanfelización, en regalo de Dios para los demás. Hace años se me quedó grabada una frase de un teólogo italiano que definía al obediente como *aquel del que se dispone* sin reservas, sin impedimento alguno. Los jóvenes disponen de uno a todas horas y en lo que menos uno se lo espera. Estás a su servicio, te marcan horario y ruta, y uno se dispone a caminar con ellos.

Quizás uno de sus mayores reclamos sea que mostremos nuestros afectos, sin pudor ni miedo, que nos movamos sanamente en el mundo de las emociones. Dios también se comunica a través de las emociones y los jóvenes necesitan percibir las y para ello hemos de mostrarlas. La puerta de entrada de los jóvenes es lo afectivo, tanto por la necesidad expresada u oculta de ser queridos como por la centralidad del corazón y de lo subjetivo en la cultura actual. Los jóvenes no esperan de nosotros razonamientos teóricos, sino que se vinculan a espacios y proyectos donde se sienten y se saben queridos gratuitamente. Ahí intuyen algo nuevo y valioso. En María de Nazaret podemos encontrar una gran ayuda para activar esta solicitud tan querida por los jóvenes.

Servidor de la plena comunión eclesial: Una de las tareas más bellas de de la encomienda de delegado diocesano de pastoral con jóvenes durante cinco años, ha sido suscitar, animar y estimular los carismas y vocaciones de los jóvenes y sus acompañantes. Siempre he tenido claro que *la entraña de la misión es la comunión*. He aprendido a apreciar y valorar lo distinto, reconociendo que Dios actúa en otros que viven la fe de una forma distinta a la mía: sensibilidad, teología, espiritualidad, pastoral... Aunque cuesta mucho, hago esfuerzos por acoger a quienes oran de forma distinta que yo, a quienes piensan diferente de mí, a quienes actúan de modo contrario a como yo lo hago... En la medida en que me he dejado sorprender por aquellos "distintos", he ido más a lo esencial, a la entraña del cristianismo, y he podido conjugar misión y comunión en armonía y paz. Quizá éste sea mi mayor aporte ministerial en este momento diocesano: "que todos sean uno" (Jn 17,21).

Una de las experiencias más dolorosas de mi ministerio es descubrir ese *derecho de aduana* que hay que obtener para poder aliar unos jóvenes con otros, de aquí y de allá... Cuando los curas nos apropiamos de los jóvenes, algo está pasando en nuestro corazón que impide ese amor oblativo y desinteresado que busca el beneficio común de los jóvenes. Cuando nos sentimos verdaderos instrumentos y mediadores de Dios para los jóvenes, somos capaces de converger y unir nuestras fuerzas para sacar adelante propuestas e iniciativas pastorales que apasionan a los jóvenes y les orienta hacia una vida más plena. El Fórum de Pastoral con Jóvenes fue una experiencia gozosa y dolorosa de comunión para la misión de los jóvenes.

¡Dios está aquí, y yo no lo sabía! Volver a Jesús. Tengo que reconocer que los jóvenes me han ayudado a pasar *del proyecto a la relación personal*. Yo fui educado en unas claves pastorales en la que se intentó adaptar el evangelio a los jóvenes de tal manera que evangelizábamos humanizando pero no terminábamos de anunciar suficientemente a Cristo a los jóvenes. Nos fijábamos en la categoría "sentido" pero no conseguíamos llegar a esa categoría de "encuentro" con el Dios de Jesús. Esta manera de trabajar dejó más mella en mí de lo que pensaba, hasta el punto de vivir para el proyecto de Jesús pero sin estar apenas con Él. Me faltaba un mayor encuentro personal con Él. Esto generaba en mí y en la pastoral que yo aplicaba una dicotomía entre la dimensión humana y la dimensión de fe.

Y éste es quizás mi talón de Aquiles, y no otro. Hoy siento la llamada a *caminar hacia las fuentes de la vida interior*. A mi modo de entender, la clave reside en ser testigos de la experiencia de Dios. Testigo es alguien que ha vivido un acontecimiento central y único, que le ha ganado el corazón y ha transformado su vida hasta el punto de que no puede dejar ya de transmitir lo que vive con su palabra y su conducta. La vida de los testigos queda transformada: ya sólo pueden vivir para lo que han experimentado. El testigo ha experimentado un cara a cara, un tú a tú.

De ahí que hemos de *contar a Jesús a los jóvenes*. El Evangelio nació para contar a Jesús. Es fundamental que contemos a otros esa buena noticia, el tesoro de nuestra vida y la alegría por haberlo encontrado. A mí me ha pasado que he aplazado la buena noticia para momentos ulteriores que muchas veces no llegan. Compartamos

con los jóvenes aquellas experiencias y palabras que resuenan en nuestro corazón y nos enseñan a orar y a vivir. Contemos a todos los jóvenes, sea quien sea, que Jesús y su Reino nos colma el corazón y nos plenifica la vida.

Descalzos, a los pies de los jóvenes excluidos. Hace un tiempo daba clases de castellano a *jóvenes inmigrantes* en un proyecto que mi comunidad ha lanzado en el Casco Viejo de Vitoria-Gasteiz. El encuentro semanal con ellos es oportunidad de Dios. Es una gozada contemplar a muchos jóvenes voluntarios comprometerse con esos jóvenes subsaharianos, poniendo lo mejor de uno ayudando y solidarizándose con el prójimo. Para mí tiene mucho sentido ejercitar mi ministerio presbiteral junto a mis hermanos y en medio de ese paraje de jóvenes y pobres, siendo uno más, aprendiendo como todos a estar, crear relación, integrar...

Pienso que cuando los jóvenes y los pobres se alían, cuando se sientan a la misma mesa de la fraternidad, el Señor nos proporciona Vida y gesta auténticos creyentes. La experiencia de compartir la vida cotidiana con personas inmigrantes en casa es un regalo de Dios, que habla en ellos y a través de sus sufrimientos y desvelos. Convertir la casa en espacio samaritano de vida es un acicate más en mi vivencia presbiteral.

En esta hora ministerial en que estoy dirigiendo la Obra Diocesana de Formación Profesional de Vitoria-Gasteiz desde hace año y medio, se me solicita que haga lo posible por recuperar la identidad creyente y diocesana en un centro educativo con más de 3.000 alumnos/as de clase baja o media-baja y 230 trabajadores. Y allí estamos ensayando y promoviendo servicios e iniciativas que se encaminan hacia educar en la interioridad y la solidaridad a unos jóvenes que están abiertos y expectantes a todo aquello que genere vida y esperanza.

Cuando estoy en clase, siento cómo la pasión por los jóvenes recorren mis venas y encuentro en cada uno/a de ellos una oportunidad de Dios, un trocito de Evangelio, un futuro abierto y prometedor.

Cuando estoy trabajando en el despacho o en reuniones de gestión y coordinación, siento, por un lado, la oportunidad y complejidad para movilizar a todo un colectivo grande y diverso de personas en una dirección, y por otro, una rabia inmensa por un sistema educativo y social que aprisiona e incapacita tantos desarrollos personales y comunitarios.

Actualmente dedico gran parte de mi tiempo a observar, escuchar, dirigir, gestionar, negociar, etc. y todo ello con la esperanza de favorecer oportunidades evangelizadoras para la comunidad educativa y el entorno social. En una época he estado en primera línea con los jóvenes y ahora me toca facilitar que otros puedan anunciar al Dios de la Vida en el aula, en los pasillos, en los patios, en las convivencias, en el barrio, etc. Sin embargo, no pierdo el contacto diario con los jóvenes, los diálogos frecuentes con ellos, los acompañamientos intermitentes, la presencia en momentos importante para ellos... que ayudan a mantener la perspectiva evangelizadora y a no perder de vista ese lugar teológico desde el que vivir y tomar decisiones que ayuden a que nuestra realidad sea más de Dios.

Queda pendiente esa llamada que siento a ser cura de la periferia, para aprender a vivir más desde lo cotidiano, acogiendo lo sencillo e insignificante de la vida, contemplando a ese Dios que habita el corazón de toda persona y que necesita de pastores atentos al soplo de su Espíritu en nuestra sociedad. Anhele estar más cercano y próximo a las personas, desprovisto de bastón y de alforjas de recursos extraños y pesados. Quiero itinerar las calles que rodean al templo, por las campas donde los jóvenes moran errantes, con los pies descalzos y ofreciendo el Evangelio de Jesús que tanto bien me hace y nos hace.

Álvaro Chordi

Extracto del artículo publicado en la revista RPJ nº 462 (abril-mayo 2010).